

## Mesa de recepción

J. ERNESTO AYALA-DIP

Es curioso cómo puede uno terminar estimando a una persona, sólo por la forma y la intensidad con que lo estiman los otros. Es lo que me ha ocurrido estos días con la muerte imprevista del editor **Claudio López Lamadrid**. Lo escribí en un twitter. Y también escribí que siento muchísimo no haber tomado nunca un café con él. Nos cruzamos muchas veces en eventos culturales. Cruzamos algunos tweets, no coincidiendo en algunos pareceres librescos. En uno en especial, se trataba de una opinión que había vertido por Facebook, donde expresaba lo mucho que me dejaban frío las novelas de un autor muy querido suyo, **Rodrigo Fresán**. Me contestó preguntándome el porqué. Le contesté que no podía contestar con precisión, que a veces inexplicablemente alguien o algo, pues eso, te deja frío. Y no hubo nunca más ninguna comunicación. Si es verdad todo lo que cuentan de él, cosas que curiosamente nunca había escuchado o leído, entonces hubiera sido amigo mío, siempre y cuando, claro, él lo hubiera aceptado. Que en paz descanses, querido Claudio.

De mis lecturas de este mes, comienzo con una deuda, la novela premio Herralde del 2018, *Lectura fácil*, de **Cristina Morales** (Anagrama). Una novela a contracorriente en los tiempos que corren. En honor a su título literal, esta novela es muy fácil de leer. Otra cosa es que haya lectores que la digieran, porque lo que relata no es de fácil digestión. Un bazuca narrativo que hace blanco en todo a lo que apunta. Particularmente no comulgo con muchas cosas, cosas que se defienden y cosas contra las que se dispara en esta proteica novela. Y no lo digo porque piense que lo dice su autora (después de los estudios de **Bajtín** sobre **Dostoyevski** es imposible pensar que lo que se dice en una novela lo piensa su autor o autora). Pero esta es una cuestión que para mí queda en segundo término, porque lo que realmente me fascina de *Lectura fácil* es su forma y la arquitectura de su lengua narrativa. Cristina Morales nos mete en un territorio que intuimos que existe, pero que a lo mejor nunca hemos visitado. Y yo doy fe que ese territorio existe, no porque lo haya frecuentado, sino por mor de la forma novelística que empleó Cristina Morales para hacérselo plausible. Y su escritura, que sin puentear las oraciones subordinadas, ni otras



«Si en lugar de los profesores de ciencias naturales que tuve en mi bachillerato, hubiera tenido a Oliver Sacks seguramente ahora no estaría escribiendo esto».

complejidades sintácticas, nos resulta cortante. Puede que haya quienes creen que hay un deber moral para leer esta novela. Vale, pero el deber estético de leerla no es menor.

He leído con un placer inmenso el libro póstumo de **Oliver Sacks**. Fui un lector voraz de los libros de Sacks. Todavía no me explico cómo fue capaz de unir ese ángel estilístico que tenía para que sus libros se convirtieran en arte literario, además de científico. Todavía tengo en la retina su último libro que publicó en vida, *Diario de Oaxaca*. Gracias a ese libro aprendí a amar los helechos, ente vegetal al que nunca le di la más mínima importancia. Resulta que los helechos (plantas sin flores), no lo olviden, fueron coetáneos de los dinosaurios. ¡Ahí es es nada! Ahora me llega *El río de la conciencia* (Anagrama) y me zambullo en su lectura. Si en lugar de los profesores de ciencias naturales que tuve



en mi bachillerato, hubiera tenido a Oliver Sacks seguramente ahora no estaría escribiendo esto. A Sacks lo relacionamos con las patologías neuronales. Pero muy poco con la botánica y la zoología. En este libro se repite su entusiasmo por la obra de **Darwin**. En algunos capítulos le rinde homenaje. En otros se interna en el territorio de la conciencia, del aprendizaje, de la mimesis y la imitación. Y el obsequio inmenso, para su espíritu y para sus investigaciones, que significó para él el descubrimiento de la ciencia química.

Quiero terminar con un breve comentario y ferviente recomendación del último libro de **Elvira Navarro**, el libro de cuentos *La isla de los conejos* (Random House). En el momento en que escribo esto, me faltan dos cuentos por leer. Así que esto no es una reseña ni muchos menos. Pero observen. Un tipo se cree inventor y no hace más que inventar cosas ya inventadas. Y esto otro. A una mujer se le muere un hijo de cáncer. A partir de ese triste suceso en su vida, decide comer sólo alimentos cancerígenos y carne carbonizada. Quiere morir cuanto antes y hacerlo como su hijo. No son argumentos, sólo anécdotas. El próximo mes, ahondaré en este libro. y dejo pendiente un ensayo sobre economía que tiene muy buena pinta, *El delirio del crecimiento*, de **David Pilling** (Taurus) y la nueva novela de **Benjamin Black**, *Los lobos de Praga* (Alfaguara). Hasta el próximo mes, si Dios quiere. ■

J. ERNESTO AYALA-DIP ES UNO DE LOS DECANOS DE LA CRÍTICA LITERARIA EN LENGUA ESPAÑOLA. EN *DOS DÉCADAS DE NARRATIVA EN CASTELLANO* (HUERGA & FIERRO, 2017) COMPENDIA SUS MEJORES RESEÑAS DE CUARENTA AÑOS DE OFICIO.